

EL VIEJO VERDE



CRÓNICA MUNDANA

Redacción y administración: Factor, 4, entresuelo. :: Apartado de Correos 515 :: Teléfono 3.951

16 páginas, 5 céntimos
25 ejemplares, 75 cts.

MADRID, 16 AGOSTO 1914

Se publica los domingos
Año I :: Número 8



Demetrio

Escenas de la playa.—Enfocando.





EL VIEJO, en París.

Acababa yo de llegar a la capital francesa acompañando a una amiga que después de haber estado ocho meses en Cintra venía a París con toda tranquilidad, deseosa de verse libre del peso de sus amarguras. La pobre es viuda hace dos años, y al verse en Cintra sin marido se le ocurrió esta excursión, a la que me trajo de cabeza, dos días después de mi llegada a Madrid, de regreso de San Sebastián.

Aunque ya se había hablado de la declaración de guerra, no creímos que ésta fuera tan rápida. Nos instalamos en un cuartito del barrio Latino, huyendo todo lo posible de la locura ambiente, porque mi amiga hallábase en un lamentable estado de salud.

A la siguiente noche de instalarnos, Purita (que así se llama la bella) exclamó, cuando yo estaba dormido:

—Viejo de mi alma, ¿no oyes? ¡Qué ruido más enorme! Siento una gran inquietud y un gran desasosiego. Voy a dar luz.

De un salto me senté en la cama:

—¡No, por Dios! Espera un momento a que me prepare. No te tires al suelo, que me bajaré.



Yo quisiera perdonarle; ¡pero me ha hecho tanto daño!...

Al bajarme, sentí un leve gemido:

—¿Quién anda ahí?—grité.

—No te asustes, que soy yo—exclamó ella débilmente—. ¡Me siento morir!

Abrí la ventana, y al contemplar el espectáculo a la luz de la luna, murmuré:

—¡La sangre! ¡Es la guerra!

En efecto; frente a la ventana, en la plazuela, veíase un reguero de sangre; comprendí que era alemana, aunque ignoro por qué, pues no hacía espuma. Lo cierto es que se había desarrollado una colisión entre alemanes y franceses.

Aquello nos desconcertó. Llamamos al patrón, decididos a marcharnos, porque Purita se sentía cada vez peor y más inquieta:

—¿Qué desean los señores?—interrogó amable el hotelero.

—¡Que parto! Quisiera saber con qué medios de locomoción contamos.

—Para la señora...

—No, no; yo sola, no quiero...

—Decía que para la señora dispongo de un caballo; para el señor, de un pollino.

—Es preferible quedarse y sea lo que Dios quiera.

Así lo hicimos. Al día siguiente París estaba declarado en estado de sitio, y empezaron los agobios y las tristezas. En el restorán nos dijeron que los precios los habían duplicado y que apenas podríamos comer alguna legumbre y pan de centeno. Los huevos quedaban suprimidos, cosa que sentí con todo el alma, porque yo soy hombre que no puede pasarse sin huevos dos días seguidos. A fuerza de muchas súplicas conseguí que nos dieran un poco de leche. Pero ¡qué leche! No se podía beber.

A todo esto nos encontrábamos sin dinero. Yo no llevaba más que un título de la Deuda para cortar el cupón, y se me ocurrió una idea salvadora: enviar a un camarero a pignorarlo o a venderlo. Me era igual.

A la media hora volvió el muchacho, lívido y tembloroso, diciendo:

—Señorito, me han dado por el cupón una cuarta parte de lo que vale.

—¡Qué le hemos de hacer! En la guerra como en la guerra.

Al día siguiente partimos en un tren de repa-

triados, y no he de descubrir aquí la terrible odisea de nuestro viaje. En los vagones se apretujaba la gente, confundidos ambos sexos, hasta el punto de que muchas veces no se podían distinguir.

Hemos pasado apretujones, hambre y sed. Había quien castañeteaba la lengua como si fuera a arrancarse por tientos. Yo la traía tan estropajosa, que en la estación de Burdeos quise echarle dos piropos a una cantinera y me quedé en ridículo.

Llegamos a la frontera, donde los carabineros nos registraron minuciosamente, y al fin tomamos el tren para San Sebastián.

Al respirar el aire de España, Purita y yo nos abrazamos humedecidos los ojos por la emoción, aunque irritados por el polvo.

Y entonces mi hermosa compañera me declaró que prefiere pasarse toda la vida en Cintra a volver a París.

Compre usted los martes

EL FENÓMENO

16 PAGINAS 5 CÉNTIMOS

MODAS



Este traje tan sencillo y de lucimiento se hace con muchas varas de tela arrollada al cuerpo con gracia. Una amiga nuestra ha necesitado tantas varas, que si, se empalman, dan la vuelta al mundo.



En este traje van recogidos los pliegues por delante y por detrás con grandes rosas. En el próximo número publicaremos otro dibujo para que se vea cómo juntan los pliegues por detrás.



Yo sabía que la profesión de encargado en un café, si bien tenía algún inconveniente, como, por ejemplo, el pasarse la vida tras de un horrible mostrador hablando sólo con camareros, tenía, a su vez, alguna ventaja: la de comer bien, claro es que según del café que se trate.

Pero hace pocas noches he visto una cosa que me ha convencido de tal manera que estoy dispuesto a entrar en el oficio.

En un café muy céntrico, el encargado, que se llama Pepe y es una gran persona, se va a la República Argentina. El dueño del café y varios amigos le están haciendo la última tertulia, por ahora.

Son las dos de la madrugada, hora en que el establecimiento que nos ocupa no suele estar muy concurrido. Esta noche hay varias mesas ocupadas; casi todas son mujeres guapotas, castizas.

A pesar de esto, el café está triste; los ojos de las mujeres miran con pena; de algunos saltan lágrimas indiscretas.

Pepe lanza a todas partes miradas consoladoras, que dicen: *volveré*.

Y a esas miradas contestan unos suspiros muy hondos y sentidos.

Conté hasta cinco mujeres que hacían lo que he descripto; lector: ¿no te parece que es envidiable la profesión de encargado en un café?

Manolito, el *gentil* dueño del café cantante de la calle de Jardines, se ha enfadado con nosotros porque he referido una escena que se desarrolló en su casa.

El que haya contado que todo lo arregló un conocido a quien se fué a buscar, le ha vuelto loco.

No es para tanto, *gentil* Manolito; a la gente no le ha extrañado. ¡Sabe tantas cosas!...

Uno de los elementos que no falta nunca a las verbenas son las *mujeres alegres*. Ellas, con sus carcajadas locas, sus voces frescas y sus pala-

SITALÚ



Una muchacha que canta y baila con relación a su belleza, y ya observarán ustedes que la chica no es una tontería.

bras libres, prestan un gran encanto a estos festejos populares.

Estas mujercitas van a todas las verbenas. A San Antonio de la Florida, a la de Santiago, a la de la Virgen de la Paloma, a todas, menos a una: la de San Cayetano.

Los puestos y diversiones de esta fiesta se establecen a lo largo de la calle de Embajadores, y en la calle de Embajadores está situada la Inclusa...

DON PROCOPIO.

FUERZA Y BELLEZA

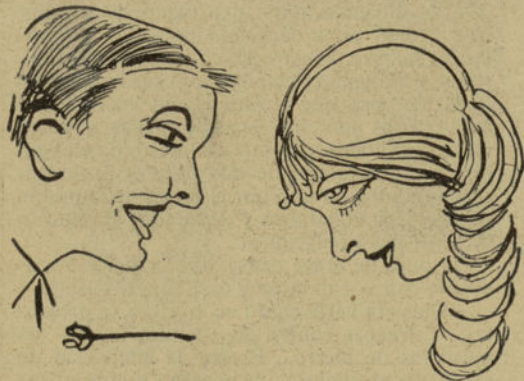
Su presencia inspira compasión. Aquel hombre, que fué admirado en los circos europeos y americanos; aquel atleta gigantesco, vencedor en cien combates corporales; aquel forzado campeón de dilatado pecho, robusto cuello y acerada musculatura, que soportara enormes pesos y doblegara—como si se tratase de flexibles cañas—gruesos barrotes de hierro al leve impulso de sus nervudos brazos, recorre hoy las calles encorvado, flacucho, pálido, anémico, con trémulo paso, como si sus delgadas piernas se negaran a sostener la ya débil pesadumbre de un cuerpecillo extenuado por la fatiga, en el que difícilmente pudiera adivinarse la robustez, la energía incontestable y la potencia hercúlea de otros tiempos.

Aquel luchador derrotado, aquel Atlante vencido, nació en Inglaterra, dedicándose desde temprana edad a los más viriles ejercicios; recorrió triunfante el mundo, exhibiendo sus rarísimas y excepcionales condiciones de fuerza y agilidad.

En todas partes, los hombres más encopetados se disputaban su amistad y las hembras más linajudas codiciaban sus favores...

Hércules, en donde se presentaba, era el *hombre de moda*.

Cuando estaba en el apogeo de su gloriosa carrera vino a España, y aquí, como en los demás países que había recorrido, causó general admiración, traducida en tempestades de aplausos cada vez que aparecía en el circo.



La nena.—¡Si no se lo dijeras a nadie!...

EL VIEJO VERDE

PRECIOSILLA



Graciosísima y popular cupletista, que pronto realizará una *tournee* por América. ¿Verdad que es bastante preciosilla?

Sobre todo las señoras no apartaban de él los gemelos durante sus ejercicios, escudriñando con miradas inquisitoriales los más ínfimos detalles de aquel cuerpo, contemplando con fruición aquella musculatura extraordinaria y haciendo amargas reflexiones al compararla con las raquíticas formas de los enclenques y almirados galancetes que la carencia de hombres fuertes, robustos y vigorosos las obliga a soportar.

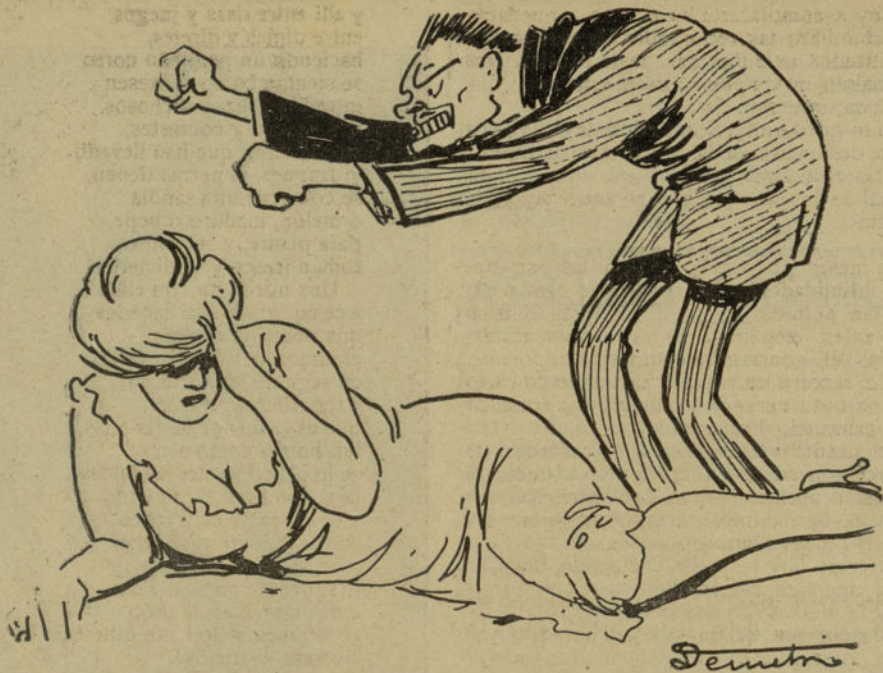
¡Cuántos deseos, cuántos afanes, cuántos arrebatos de pasión, cuántas conyugales desavenencias produjo el afortunado Hércules!...

Ved ahora en qué paró tanta grandeza y cómo no se hizo esperar la ruina más espantosa.

Cierta mañana recibió Hércules, en el hotel donde se hospedaba, este lacónico billete: «Si sois discreto y hombre resuelto, os espero, para almorzar con vos, en el sitio a que os guie la portadora de este billete, que haréis desaparecer en cuanto lo hayáis leído.—Una dama que os admira.»

El caso no era nuevo para tan celebrado artista.

Se vistió rápidamente, y, siguiendo los pasos de la misteriosa mensajera, penetró en una casa



¡Infame! ¿Qué has hecho? ¡Si hubiera sido con un acreedor, me hubiera vengado de él no pagándole! Pero con un amigo!...

de mediano aspecto, situada en solitaria calle de un barrio extremo de la corte.

La doncella abrió sigilosamente la puerta del piso principal, hizo entrar a Hércules en un gabinete amueblado con sencilla coquetería, y se retiró discretamente apenas hubo dejado en él a nuestro protagonista.

Hércules, creyendo estar solo en la habitación, se entregó a mil reflexiones halagüeñas, y abstraído en los amorosos pensamientos que aquella nueva aventura le hiciera concebir y acariciar, no advirtió que, al desaparecer la doncella, se acercó a él una mujer de belleza extraordinaria, que le miraba con interés indescriptible, reflejando en la intensidad de sus brillantes pupilas la pasión que en su pecho hervía, haciéndolo palpar, plétórico de sensuales apetitos, con violencia inusitada.

Aquella mujer, de porte distinguido, era alta, bien proporcionada, morena, de ojos negros, grandes y juguetones, de mirada intensa y provocadora, de abundante y sedosa cabellera artísticamente peinada, y vestía finísima y amplia bata de muselina, bajo la cual se transparentaba una carne blanca y ligeramente sonrosada, unas formas esculturales y otros encantos que fueron, son y serán la constante *perdición* del género humano.

Hércules, al verse repentinamente junto a aquella soberana hermosa, que le contemplaba silenciosa y sonriendo, quedó sorprendido y mudo de asombro.

—Señora...—balbuocé.

—Creí que no aceptarías la invitación por el misterio sospechoso de que iba rodeada.

—Fuera grosería indisculpable por mi parte no aceptar las amables deferencias de que me hacéis objeto.

—Sentémonos, amigo mío, y mientras nos preparan el almuerzo que os he ofrecido, sabréis la razón del misterio que envuelve nuestra entrevista.

—Permitidme un ruego, señora: ahorraos la molestia que tal explicación pudiera causaros, pues soy discreto, conozco el mundo y no necesitáis esforzaros para hacerme comprender el motivo, que, desde luego, acepto y respeto con todas, absolutamente todas, sus consecuencias.

Y así diciendo, tomó una mano de la dama, que le dejó hacer, lanzando profundo y acariciador suspiro, la estrechó entre las suyas vigorosas, y al mismo tiempo acercó sus labios a los de la hermosa, que le miraba con los ojos medio velados por sus largas pestañas y como arrobada en amoroso éxtasis... Resonó en el gabinete el chasquido de dos ósculos prolongados, fundidos en uno por el fuego de la pasión que brotaba impetuoso y devorador al impulso de sensuales excitaciones...

Después de breve pausa, dijo la bella desconocida con voz mimosa y casi imperceptible:

—Quisiera verte como en el circo te presentas... Estrechar contra mis débiles brazos tus músculos de hierro... Probar la intensidad de esa fuerza prodigiosa que posees y tantos aplausos te ha valido...

—Voy a complacerte en el acto, y quedarás satisfecha. Pero es preciso que tú me muestres los delicados encantos que dejas adivinar tras ese finísimo encaje que cubre tu cuerpo.

—Como quieras... ¡Soy tuya!

Pronto quedaron frente a frente la fuerza y la belleza, despojadas por completo de ridículas y molestas vestiduras.

¿Cuál de los dos vencería en aquel amoroso combate?...

Seis meses, poco más, duraron las encantadoras intimidades de Hércules y la dama; ella sigue tan hermosa, tan coqueta y tan sensual como antes, empeñada en nuevas aventuras, mientras él, consumido, agotado, impotente, vencido, recorre las calles arrastrando con trémulo paso su cuerpecillo anémico, abrumado por el cansancio y la fatiga...

Y el desdichado Hércules, al recordar las enervantes sensaciones que a tal extremo le condujeran, exclama con acento indefinible:

—¡Ante una hermosura española, morena y ardiente, no hay fuerza que valga!

Luis Falcato.

Los que se van a las "Vistillas,"

Quando aprietan en verano estos calores tan fuertes, que lo mismo a sol que a sombra nos hacen bailar el tuesten, la familia de la Sole, en seguida que anochece, se dirige a las Vistillas con lo que de cena tiene,

y allí entre risas y juegos, entre dimes y diretes, haciendo un pequeño corro se sientan como si fuesen moros de paz, y dichosos, convenidos y contestes, se comen lo que han llevado, y después, si perras tienen, se compran una sandía o melón, maduro o pepe, para postre, y así comen, toman fresco y se divierten.

Una noche fui con ellos a cenar, y a fin de hacerles una pequeña fineza el mejor melón compré; en seguida lo partieron y repartieron. A Tere, que es la menor de las hijas, tan bonita como alegre, se le ocurrió entre las faldas la ración suya esconderse, y después pedir a voces su parte correspondiente; pero su primo Isidoro, después de mirar a Tere entre las faldas, le dice: ¿Pero más melón aun quieres? No seas avariciosa. ¡Pues menuda raja tienes!

Eduardo Tur.

Acuda usted todas las noches
al gran parque de recreos
EL PARAISO
Calle de Alcalá.

REFLEXION



Demetrio

¡La guerra, qué horror! ¡Tantos miles de hombres armados... y mi marido neutral!

¡A ARMARSE TOCAN!...

¡Tarari!... ¡Til! ¡Til!... ¡Tarari!...

París femenino, el adorable y sugestivo París que impone sedas, colores, sonrisas, gestos... El París hembra que las mujeres de todos los países admiran, copian y envidian está desolado con la probable conflagración europea.

El sonido de clarines y cornetas—instrumentos que aquí se tocan de manera maravillosa—recordando a la juventud masculina el cumplimiento de sus deberes patrióticos, es escuchado con espanto por estas mujercitas frívolas, elegantes, delicadas...

Éllas, que hasta ahora no se preocuparon de otra cosa que de hacer grata la vida a los seres del sexo contrario, son las que más profunda y acerbamente condenan el anunciado concurso de cazadores de hombres. Individuos ciegos, egoístas, los que autorizan



Me ha dicho el médico: «Tome usted aires, que se sentirá usted muy bien después»
sentiré y me *sentaré* muy bien después

ese torneo, donde cada soldado quedará convertido en asqueroso cuajaron de sangre, inútil. Gente torpe, inhumanos anarquistas de acción, para los cuales, y por lo que se anuncia, no existen otras leyes que las escritas, hechas por hombres a quienes la seriedad del legislador les prohibió acordarse en aquellos momentos de madres, hijas, esposas, queridas; hembras que valen más que todos sus egoísmos, ideales, ciencia, progreso; por el solo hecho de ser hembras, más que ellos y que el mundo mismo. Que no existiría la Humanidad si la mujer no hubiera dado a luz.

¿Por qué los emperadores, reyes, presidentes de repúblicas, zares, gobernantes y demás mangoneadores de pueblos no han de ser en su vida política interior y exterior un poco más «cortesés» con la mujer—única compensación de la penosa vida del hombre—, borrando de una plumada cuanto por la ley escrita puede turbar la felicidad de ellas, que, después de todo, es la nuestra?... ¿Qué mayor demostración de ideas progresivas llevadas a la práctica con éxito que asentar las bases de los pueblos modernos sobre una dicha única, humanamente positiva?... Al hombre

se le pueden perdonar sus pequeñeces, todos [los crímenes...; pero nunca la cobardía, la ruindad de hacer llorar a la mujer como hoy llora en el mundo entero.

Y volvamos al festivo pretexto de nuestra crónica. Hoy no es raro oír en cualquier parte diálogos semejantes al que sigue, sostenido por una dama de edad con otra joven recién casada:

—Estos acontecimientos me recuerdan los días más dichosos y los momentos más terribles de mi vida. Desde el año 70 que me casé no he vuelto a ver armado a mi Paúl. No ha vuelto a vestirse de uniforme. A la guerra fué joven, arrogante, vigoroso, relucientes sus armas invencibles... Lo arrebataron de mis brazos en el pleno de nuestra luna de miel. Y, ¡cómo volvió, amiga mía!... Lleno de condecoraciones el pecho nobilísimo, sí; pero... débil, inútil, encenque, mutilado su cuerpo!... La guerra se lleva siempre hombres, y devuelve viejos, roto o torcido el sable, abollada la vaina, insensible el corazón a nuestras caricias.

—¡Pero coronados por la victoria!... M. Paúl regresó así, ¿no es cierto?...

—Así volvió... ¡Pobrecito mío!...

—Yo pienso, y me enorgullezco sólo de pensar, que mi Mauricio volverá también con sus hojitas de laurel en la frente. Es el único consuelo que me queda al marcharse él: la seguridad de que al volver vendrá coronado. ¡Qué armas las suyas!... ¡Y cómo las maneja!... Todo el día y toda la noche hemos estado probándonoslas... Yo, que tiro bastante bien, he hecho diabluras con el sable... y ni se abolla ni se parte... Me parece verlo en las avanzadas. ¡Con qué furor acometerá en la frontera!

Sólo las deslumbrantes estrellas de Maxins, las cocotas del bulevar, las asiduas de los *cabarets* parecen menos contrariadas. Diríase que les complace lo que ocurre, que «el de siempre les empalaga», que desean oír hablar otros idiomas por gente distinta a la de costumbre, conocer otras lenguas y continuar — sin moverse de París— univ-

«...». Bueno; pues obedezco al pie de la letra, y creo que me después.

salizando más aun los maravillosos giros de la lengua francesa.

Pero mientras los de aquí se marchan y los de fuera vienen, ellas, patriotas también, ayudan a sus hombres a ponerse en condiciones de luchar.

—¡Tararí!... ¡til!... ¡til!...—ordenan las cornetas—. ¡A armarse tocan!...—gimen o exclaman ellas. Y ellos, resignados o bravucones, se preparan, dejándose armar por la compañera o la amiga cariñosa, que pone en esta hora de afectos y atenciones cuanto puede y sabe para complacer.

Hacia muchos años que en París no se conocía efervescencia semejante. Los franceses se aprestan a la más encarnizada lucha, empuñando sus armas con furia. Como un reguero de hormigas soliviantadas van hacia la frontera; hacia los buques.

—¡Tararí!...—siguen ordenando las cornetas enardeciendo los ánimos. Hasta en los cafés tocan los músicos him-

nos y marchas militares. Y allá van... ¡Pobrecitos de los que cojan por delante!...

—¡Tararí!... ¡til!... ¡til!...

Algunas mujercitas, al despedirse de ellos, lloran; otras fingen algo que al llanto se parece. También las hay que, entristeciendo la mirada, ocultan con el pañuelo una sonrisa de satisfacción, y cada vez que el clarín suena, les parece que toca a gloria.

—¡Tararí!...

Alvaro Garcés.

Paris, 4-7-914.

El Amor, la Fuerza y el Talento⁽¹⁾

El príncipe Fiorello.

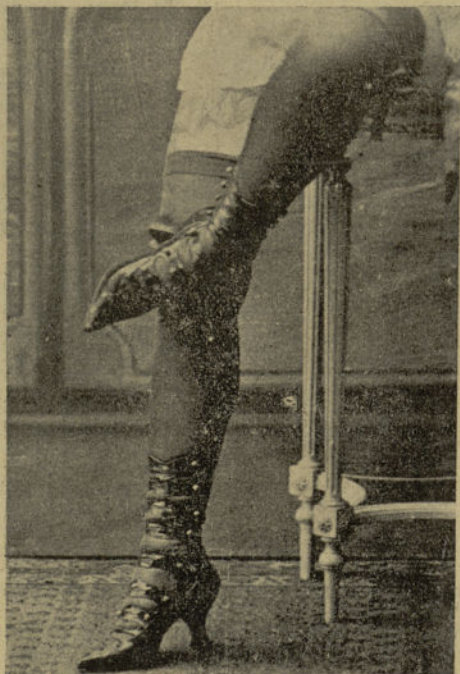
Todos saben hoy en Roma el desenlace del duelo verificado en una quinta enclavada a unos 500 metros del castillo de Sant Angelo.

En esa quinta, el príncipe Fiorello ha matado a un hombre. Yo no sé si el príncipe ha tenido razón o no.

Aquí las mujeres se la quitan, y los grandes Quijotes se la dan. Para que podáis juzgar en definitiva os relataré detalladamente el caso.

(1) Del libro *Hombres y cosas de mi Patria y de mi tiempo*.

¿DE QUÉ ARTISTA SON ESTAS PIERNAS?



(Estas piernas son de la misma artista propietaria de las que publicamos en el núm. 5.) Pronto empezaremos a dar nombres.

¿DE QUÉ ARTISTA SON ESTAS PIERNAS?



El príncipe Fiorello está casado con una de las bellezas más espléndidas del mundo. Su mujer es española. Alta, morena, esbeltísima. El príncipe ama locamente a su mujer.

El día 8 de septiembre, en la plaza de San Pedro, el príncipe y su esposa se cruzaron, ante uno de los grandes ventanales del Vaticano, con dos extranjeros. Uno de éstos, *gentleman* distinguidísimo, alzó su voz, y en un inglés muy puro, exclamó:

Hermosa mujer. Muy blanca. Tiene el pecho y los muslos de la Victoria de Samotracia.

El príncipe—educado en Inglaterra—hubiera pasado quizá por todo menos por aquella cínica alusión a los muslos. Avanzó, pues, contra los extranjeros, y dirigiéndose al que había hablado, le entregó su tarjeta. El inglés recogió la la cartulina y entregó silenciosamente la suya. La escena fué de una absoluta corrección.

Al día siguiente se batieron. El duelo fué a espada; el torso, desnudo; el brazo, con guante hasta el codo.

En el segundo asalto el príncipe mató, con toda corrección, a su adversario.

Sería ridículo hablar de esta muerte como de un accidente vulgar cualquiera. El matador es un príncipe de la sangre. El muerto era un aristócrata inglés. Los dos, exquisitamente educados, sometidos a todos esos altos y sutiles prejuicios sociales, tenían la obligación de jugarse la vida por una tontería, por leve que fuera.



El pagano--Yo lo que deseo es vivir muchos años; ¡la vida es tan hermosa!...

Ella--Pues brindo porque la suya sea larga y alegre.

Un médico, un abogado, un obrero, están obligados a conservar su vida para los suyos. Pero los aristócratas son seres de excepción, de lujo, de ornamento. Su vida es solamente un espectáculo. Y si desde que nacen viven en escenario, yo considero que es un deber en ellos morir también teatralmente.

Conste—porque es de justicia—que el príncipe y su adversario se batieron bravísimamente.

¡Estas pobres aristocracias de la sangre que no fueron nunca, en ningún país, ni las más inteligentes ni las más puras!

Prudencio Iglesias.

EL DISLOQUE (1)

—Me acuso Padre—decía al pie del confesionario, la pecadora Rosario en la Iglesia el otro día— que estando en el cotillón de la marquesa del As, al timarme con Tomás en momentos de pasión, me contestó... ¡ay, Padre Roque!

—¿Qué la dijo, pecadora?

«¡Tu mirada me enamora, tus ojos son el *disloque!*. La vista de otra manera ponla, por Dios, vida mía.»

—Y usted ¿cómo la ponía?

(1) Del libro *Ripios Vulgares*.

—Para que mi novio viera que le quiero y me enloquece, le miraba como a *usté* miro ahora... Yo no sé lo que al señor le parece mi manera de mirar...

Yo sólo sé que le agrada a Blasito mi mirada. Ignoro si esto es pecar. (Y entonces el confesor por la niña hipnotizado la dijo):

—Será pecado; pero es... pecado de amor.

Y al marcharse la chiquilla a cumplir la penitencia impuesta por la sentencia, miraba por la rejilla el confesor a la hermosa de los instintos livianos. Y frotándose las manos dijo con voz quejumbrosa:

—Juro a fe de Padre Roque que el novio tiene razón, ¡cuando miran con pasión esos ojos!... ¡El *disloque!*

E. PELÁEZ MASPONS.

Julio, 1914.

POR QUÉ LE FLAQUEAN LAS PIERNAS O LAS MUJERES GUAPAS



Ella--Anda derecho sin que te tiemblen las piernas, porque la gente me mira a mí y se rie.



MARI TITO



Estupendos bailarines españoles que actúan en Suiza, donde han obtenido en un concurso de tango argentino el primer premio. Ella es hermosa catorce veces (no te enfades Tito).

El Paraíso

Cada vez se ve más concurrido este parque, por ser uno de los mejores situados de Madrid y de los que con más seguridad se puede ir sin mirar el cartel, con la convicción de que siempre se pasa un buen rato por poco dinero. Los empresarios de El Paraíso lo saben hacer.

Ciudad Lineal.

No podemos hacer más que elogios de una cosa que siempre es buena. El *The Tango* de las seis y media y el *Dancing Palace* son la atracción.

Los Jardines.

Como siempre, siguen dando cosas buenas en el escenario y siguen concurriendo todas las noches las mujeres más guapas de Madrid.

Parisiana.

Estos empresarios de Parisiana tienen la suerte por arrobos, o hacen las cosas bien; por el escenario del teatrillo de Parisiana está desfilando lo mejorcito del género de *variétés*. Algunos de los últimos números que hemos visto son Amalita Escacena, una bailarina guapísima, que tiene más de la mitad de la gracia del mundo; el resto lo ha repartido en *limosnas*.

¿Por qué razón no quiere decir el empresario de Parisiana quién era esa señora de buena posición, guapísima, que iba a debutar en esta semana?

El Sr. Tolosa contesta siempre que se le pregunta respecto a la hermosa incógnita: «¡Calle usted, hombre, calle usted! ¡A quién se le ocurre, siendo casada!...»

NUESTRAS ARTISTAS EN LOS MONTES

HA llegado el momento de echarnos en brazos de la señora Ciencia. No es esta señora la *tasquera* octogenaria que nos suministra la cotidiana alimentación, y en cuyos brazos, ¡Dios mío!, «no nos dejes de caer...» La señora Ciencia nos dice que no nos apuremos ante el conflicto mundial, porque «en la

Naturaleza nada se crea ni nada se pierde: todo se transforma».

Es decir, que tenemos el regocijo de saber, para consuelo nuestro, que no feneceremos del todo, y que, a lo mejor, estamos muy cerca de una relativa ganancia si la susodicha transformación se verifica. ¡Es tan difícil pasar a una forma peor que en la que deambulamos por la vida!

Sabido que el refugio de la Ciencia es un consolador inapreciable, esto es, sin precio fijo, meditemos serenamente, sin miedo a nada, ni siquiera al qué dirán, sobre lo que dirán de la



Lo que creemos nosotros que debe ser el botín de guerra. (Tengan en cuenta que nuestra opinión tiene mucha fuerza, porque los de EL VIEJO somos una gran potencia.)



El.—¡Anda; nada más que un beso!... Eso no tiene nada de particular.

Ella.—¡Ay, no, no; porque mi hermana jura y perjura que su novio no la ha dado más que un beso, y mira, hoy mismo han buscado el ama de cría!

gente en los Alpes, Cárpatos y Pirineos..., respectivamente.

Los montes y el bosque, que más o menos espesamente los corona, son las fronteras naturales. En la guerra como en la paz, el monte es un lugar estratégico, con el que no se puede andar en juegos. Y si no que hable el café de la Paz, en donde nunca se ha jugado al monte.

Pues bien; interrogadas algunas de nuestras respetables y ancianas artistas de *variétés* acerca de su opinión sobre la guerra de los montes, han contestado de esta guisa:

La *Dora*—esta no guisa—entiende que los franceses son gente muy divertida, impropia de verse capitaneada por un generalísimo, porque eso es vulgar y generalísimo... Aunque ella nada les aconsejará, pues tiene miedo a tirarse una plancha *Dora*.

La Carmen Ibáñez opina que ella no tiene voz ni voto—¡oh, sobre todo voz, no! ¡Lo juramos!—para ventilar esas cuestiones. De sobra ventilada sale ella a las tablas. Pero, de todos modos, cree que subir al Pirineo es mucho más difícil que ir al Retiro. Como que ir al Retiro es

coser y cantar. (Coser, puede que sí; pero maldito si a ella le ha hecho falta cantar...)

La *Toscana* no se explica cómo los italianos no toman posiciones en los Alpes. Con lo que a ella le gusta chuparlos—me refiero a los Alpes (caramelos de)—. Aparte de que tampoco es despreciable tomar algo en «Los Italianos...»

Otra que yo me sé, proyecta conquistar un buen pedazo de los Cárpatos. No es que les tenga afición a los austriacos; pero como en España no puede vivir porque los empresarios son mucho más brutos que los cárpatos... Sobre que ella está segura de hacer conquistas allí, dejando bastante mal al propio César y al ajeno **Aníbal**...

—Mire usted—ha dicho esta incógnita ciudadana—, las guerras me encantan. Soy una anarquista de muy mal humor; estoy echando bombas... Sangre y exterminio haya por doquier.

Y el reportero, que es muy compasivo, ha protestado de la sangre. ¡Sangre, no, señorita! Todo menos que esas chucherías mortíferas proporcionen a Europa un mes de sangre. ¡Si al cabo se tirasen con barras de Viena!

Pero, ¡quia! Mientras en los montes de todo el mundo, todo dios armado, se bate el cobre, aquí, que no hay quien cobre, en lugar de compadecerlos, tomamos a guasa la guerra, o predicamos, por boca de nuestras madres de la Patria las señoras de *variétés*, la sangre y el exterminio eterno...

CÉSAR JALÓN.

Váyanse ustedes acostumbrando a la idea de que nuestro número extraordinario será una cosa estupenda.

MIS FLORENCE WARDE



Graciosísima cupletista inglesa a la que ha hecho proposiciones la empresa de *El Paraíso*.



Demetrio

Juanita.—¡Mira que hacerme poner estas medias que no me gustan!... ¡Mi hermana estrena medias todos los días!
 La mamá.—Tu hermana es casada y se las compra su marido.
 Juanita.—Pues que me traigan un marido ahora mismo.

Hace pocos días, y a la puerta del café Colonial, reñían dos mujeres elegantemente vestidas, guapas las dos y bailarinas completamente. Una de ellas, morena, alta, que tuerce un poquitín la boca al hablar, decía indignada a su contraria:

—¡Eres cualquier cosa; no conforme con ponerte mis trajes y mi calzado, intentas quitarme el novio!...

—¿Quién, yo? ¡Lo que me sobran a mí son novios de más postín y más dinero que el tuyo!

—¡Postín..., dinero..., desgraciada; si tú hubieras tenido a tu lado un hombre de dinero y de gusto te hubiera hecho usar los polvos Borotal, que son higiénicos, y tú estás bien falta de eso.

—¿Quién, yo, so estúpida? ¿Yo? Sé mejor que tú dónde se venden los polvos Borotal. En la farmacia y laboratorio de F. Bellot, Hortaleza, 17, Madrid. ¡Te he aplastado!

¡Jesús, qué número extraordinario!

LA FRESCALES

(Canción madrileña)

del repertorio de la notable artista ZAZÁ.—Música de Rafael Benedicto

I

En to Lavapiés me llaman por mal nombre *La Frescales*, porque digo cosas tales que *tien muchísimo* que oír.

Y se me dan cuatro pitos, porque *tos* lo que se quejan y de fresca me motejan no me podrán desmentir.

Tomás ha reñido con la *Soledá*, y dice, con zumba, que es una *primá* casarse con ella, pues *to* lo malgasta por ser efusiva, *deferto* que basta *pa* que *Soledá* no tenga *na* suyo porque nadie *irnova* que todo lo da

Y yo me pregunto:
 ¿la manteca es unto?
 ¡Qué *barbaridá!*
 ¡Es ya demasiada *prodigalidá!*

II

Han *dao* en decir algunos que si estoy algo *mochales*; pero estoy en las *cabales* por obra y gracia de Dios.

Y se me dan cuatro higas que murmuren a destajo, porque tengo desparpajo *pa chunguearme* de *tos*.

Inés, la pecosa, la di Gilimón, ha puesto una palma en cada balcón, y estoy asombrada con ese capricho pues *pa* todo el barrio está en entredicho la citada Inés, por causa de un nene *c'ha* venido al mundo *pue* que no haga un mes.

Y yo me pregunto:
 ¿la manteca es unto?
 ¡Qué *barbaridá!*
 ¡Cuánto desahogo y *procadidá!*

Jerónimo Gómez.

Imprenta de "El Mentidero,..."—Carrera de San Francisco, 13.

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Cinco céntimos palabra.

A las señoras: Belleza del pecho. Aumento pechos sin procedimientos complicados ni camelancias estúpidas. Usted me da como gasto único ocho pesetas y le pongo los pechos como las bolas del puente de Segovia.

Para hacerse amar no hay como acercarse a la elegida de vuestro corazón revolver en mano y decirle: «¡O me amas, o me enveneno!»

Regenerador del cabello Viejoverdín. Hace crecer el pelo y fortalece el que existe. Nosotros hemos presenciado las pruebas efectuadas en un hospital de idiotas. El tonto que recibió la loción Viejoverdín, al día siguiente tenía trenza. ¡Se acabaron los tontos escasos de pelo!

Policia particular.—¿Usted quiere saber lo que hace en la intimidad un matrimonio que le infunda sospechas? Pues aquí le decimos, no sólo eso, sino hasta la posición que ocupan en la sociedad.

Una señora aristocrática hace almoneda de su casa. Tiene, entre cosas de gran valor, piel zorra azul y conejo plateado.

Hombre estreñido, hombre triste. Mujeres: Ya sabéis a qué atribuir la tristeza de vuestros amantes; haceldes que se purguen.

Compre usted *La novela de bolsillo*, 30 céntimos.

Necesitamos un chico para regañarle cuando estemos de mal humor. Siempre es bueno que haya chicos.

Vandel, Fotógrafo.

Puerta del Sol, 3.

SOCIEDAD ANONIMA DE OMNIBUS

DE

MADRID

SERVICIO DE TRANSPORTES MARÍTIMOS

Esta Sociedad, en combinación con la *Compañía Trasatlántica Española*, se encarga de expedir desde esta corte toda clase de encargos y mercancías con destino a los puertos visitados por los buques de dicha Compañía en las líneas de Filipinas-Cuba-Méjico-Fernando Poo y Argentina.

Para tarifas y referencias DIRIGIRSE: a las oficinas Centrales, paseo de los Pontones, 2, teléfono 808, o a la Agencia-Sucursal, situada en la calle de Tetuán, núm. 13, teléfono 4.580.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS - DIRECTOR: DEMETRIO

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones
y saloncillos :: Colaboración de los más notables escri-
tores :: Fotografías de bellezas :: ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
Número suelto... 0,05 —
Idem atrasado... 0,10 —

SUSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 ptas.
En el extranjero... 8 —
En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
Media plana... 35 ptas.
Plana entera... 70 ptas.
Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: FACTOR, 4 - MADRID